

CARTA PASTORAL

CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. SR. DR.

D. JOSE TELESFORO PAUL,

OBISPO DE PANAMÁ.

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS.

No. 1.

ABRIL, 1876.

PANAMA:

IMPRESA DEL "STAR & HERALD."

1876.

NOS, JOSE TELESFORO PAUL,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA.

OBISPO DE PANAMA.

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE NUESTRA DIOCESIS.

**Salud y bendicion en Nuestro Señor
Jesucristo.**

Se ha hecho oír en nuestras apartadas regiones la venerada voz de Pío IX, sucesor de Pedro, y obedeciendo á su voluntad aunque nos exigia costoso sacrificio, hemos recibido la unción episcopal, y con ella el carácter y autoridad que nos habeis reconocido, dándonos juntamente inequívocas pruebas de vuestra cordial adhesion. El estupor producido en nuestra alma por este acontecimiento, que nunca ni imaginamos encontrar en el sendero de nuestra vida, nos ha privado hasta hoy del consuelo de hablaros á todos por escrito, y responder á vuestras felicitaciones, ya que de viva voz solo hemos podido entendernos con los habitantes de esta capital, y los que vinieron á asistir á nuestra consagracion, ó han hecho viage con el objeto de darnos la enhorabuena. Apenas sentimos serenarse el ánimo, y suavizarse tambien el dolor causado por la partida de nuestro venerado predecesor, nos dirigimos á todos vosotros, para saludaros y bendeciros desde nuestra residencia, mientras que llega el dia en que se cumpla el justo deseo de conoceros y hablaros á todos los que habitais esta Diócesis dilatada.

Herros dicho que en subir á este puesto hemos hecho costoso sacrificio, porque como lo sabeis, desde los primeros años irresistible inclinacion nos llevó al retiro y nos hermanó con el silencio; en él habiamos jurado vivir y morir obedeciendo siempre; nos hallábamos cada dia mas felices de nuestras amadas cadenas, y mucho mas de la seguridad que sentiamos de morir obedeciendo. Se ha realizado de una manera bien inesperada esta voluntad y esta esperanza, teniendo que hacer morir en nuestro ánimo por obedecer á Dios, toda nuestra inclinacion al retiro, y todas nuestras repugnancias de toda la vida por los honores y el mando, obedeciendo hasta la muerte al sucesor de Pedro, en vivir llevando en nuestros hombros la Cruz ponderosa del Episcopado.

Sí: ponderosa Cruz! ¿Y á quién de vosotros se oculta que si bien es altísimo honor el llegar á ser sucesor de los Apóstoles,(1) embajador de Jesucristo,(2) representante de todos sus sagrados intereses,(3) lumbrera del mundo,(4) predicador(5) y nato defensor de la verdad,(6) modelo sobre el cual debe formarse la grey,(7) todo esto exige aptitudes y virtud, zelo consagracion y tino, paciencia y laboriosidad, renovadas cada dia para recorrer enérgicamente toda la órbita de tan santos como complicados deberes, y cumplirlos?

Pero si en todo tiempo difícil ha sido el llevar á cabo esta obra gigantesca, ¿quién puede negar que puestas las tendencias y principios del siglo en que vivimos, viene á crecer desmesuradamente esta dificultad? Se recogen hoy en todo el Universo, los frutos amargos de las semillas sembradas por los pseudo-filósofos en el siglo pasado, traídas en mala hora á nuestras vírgenes playas, y esparcidas con profusion por enemiga mano. Se sembró entónces en medio de la sociedad europea, la idea de la apostasia de Dios y el menosprecio por Jesucristo y por su Iglesia; y esa apostasia y es-

(1) 2. Cor. 8. 23.

(2) 2. Cor. 5. 20.

(3) 1. Cor. 4. 1.

(4) Math. 5. 14.

(5) Math. 28. 19.

(6) 1. Tim. 6. 20.

(7) 1. Petri. 5. 3.

te menosprecio sacrílegos, son el cancer, que allá no ménos que aquí, y en todas las partes del mundo devora á la moderna sociedad. Un movimiento vertiginoso nos arrastra, si no se oponen poderosas fuerzas contrarias, al paganismo y á la barbárie, estado en el cual el hombre es Dios, y sus pasiones el amo. Hoy doctrinas, legislaciones, artes é industria, predicán al hombre y le facilitan los goces terrenos, como el objeto único y digno de todo deseo, como colmo de toda felicidad. Ante el oro, en el día dios de la Tierra, póstense rendidas todas las generaciones pidiéndole á gritos honores, y sobre todo placeres. Y es que en la médula de la sociedad ha llegado á infiltrarse la filosofía sensualista, haciendo que no se piense ni se sueñe, sino en procurarse de cualquier modo, y sobre cualquiera obstaculo, el mayor cúmulo posible de placeres, y esto sin oír ni conciencia, ni derecho ageno, ni los pesares del prójimo. Para lograrlo se han venido á turbar y perder todas las ideas, aun las ingénitas al hombre. ¿En dónde están, en efecto, las de lo *justo* y de lo *injusto*, reglas de la moralidad del individuo, y bases del trato social? ¿Quién puede entender las contradicciones de los modernos moralistas al pretender definir las? Quién venir á desenredar esa moral nueva, fatal, disociadora, en que cada uno es juez de lo bueno y de lo malo segun su propia conveniencia, y lo que es mas difícil aún, segun los grados de ella, y todavía peor, los caprichos mudables é inquietos de cada uno? ¿Quién calcular los males que á todos amenazan, desde que imbuidos en esta moral cruel, vienen los hombres á apoderarse del mando de la sociedad? ¿No es consecuencia de esto el atroz insulto á la razon y al buen sentido, de que el derecho es la fuerza? ¿Y practicados estos principios no podemos todos venir á ser esclavos del mayor de los bárbaros, si este ha logrado apoderarse, no importa cómo, de la fuerza? . . . De todo esto resulta el malestar universal que se siente en el aire, la desconfianza en los hombres y en las cosas, el profundo temor que se apodera de las almas, al fijar la mirada en el oscuro porvenir que nos espera.

Y humanamente hablando, ¿puede esperarse que mejore el mundo? Con el cultivo, y seleccion de las semillas se mejoran las

plantas, y por el cruzamiento de raza ó mudanza de clima los animales. Podríamos esperar mejora para los hombres, si á lo ménos en la caída de los caracteres que se observa, en la depresion de los elevados sentimientos que se palpa, estuviésemos, cuidadosos del porvenir, preparando una juventud alimentada por la verdad, y robustecida por la severa práctica de la virtud. Y quién la educa en los tiempos actuales? En todo el mundo, alegando los títulos que mejor les parecen para su intento, los Gobiernos pretenden adueñarse de la educacion, y no pensando sino á lo mas en instruir, ó no quieren preocuparse de la formacion del corazon de los niños en la moral cristiana, ó bien lo que pareceria increíble, pretenden quitar y quitan de la escuela la idea de Dios, y miran como importuna la memoria, el nombre y las leyes de Jesucristo, porque con mucha razon temen como importuna al desfreno su severa moral. Sin conocimiento de ella, con antipatías aprendidas de los maestros, y envenenado el ánimo con las doctrinas de la moral independiente, crecen los jóvenes sin respeto por nada y sin amor por nada, adorándose á sí mismos, y soñando honores y placeres con ambiciones de que no imaginariamos ser capaces sus corazons tiernos, si no les viésemos agitados por pasiones, que aun en hombres formados alarmarian.

El mal que señalamos es palpable, y se quejan de él cuantos conservan amor, no sea mas que por los nombres de virtud y de grandeza, de patria, moralidad y religion.

Pues bien, contra ese torrente de errores, contra ese aluvion de encontradas y furiosas pasiones, contra esa voráGINE de vicios, no hay mas que un baluarte que nos dé esperanzas.

Mas disociado, corroído de mas repugnante gangrena que lo está el nuestro, encontró Nuestro Señor Jesucristo el mundo, cuando se propuso reformarlo. Para obtenerlo levantó su bandera immaculada sobre lo alto de la montaña, y atraídos por su irresistible dulzura, por el encanto divino de su palabra, por su dominio sobre la naturaleza y sobre los corazones, se agruparon en torno suyo todos los hombres de buena voluntad. Amaestrados por Él y por el divino Espíritu fortalecidos, partieron á la conquista del

Universe, llevándose por delante ó dejando en el suelo con los ídolos del hombre, las pasiones viles que habian usurpado el lugar de Dios, y una generacion casta pobló la tierra, cuya claridad ha oscurecido al Sol, cuyos hechos nos asombran, y cuyos títulos son sus obras y su sangre, vertida con alegría por la defensa de la verdad. Y esa sociedad nueva, compuesta de hombres sóbrios, moderados y justos, formó á millones en todos los países y de todas edades, héroes y santos.

Ya lo habeis entendido, hable de la Iglesia inmortal, benéfica y santa que instituyó Jesucristo. Asilo amado, baluarte inespugnable, cuán fuerte te ofreces á nuestros ojos y cuán amable en estas horas de universal defeccion, y de vergonzosa decadencia! Salud á este mundo enfermo y envilecido, tu ó madre cariñosa del hombre, á todos enseñas la verdad, condenas sin vacilacion y sin temores el error, á nadie puedes engañar porque es tu Jefe el infalible defensor del depósito sagrado que le confió Jesucristo, su Vicario en la Tierra el Sumo Pontífice de Roma, y hoy el hombre mas grande y venerado del siglo el mil veces inmortal Pio IX!

De ese Vicario somos los obispos por divina institucion, los Representantes en las diversas partes del globo, y con nosotros tiene compartida con sus obligaciones su autoridad. Á nosotros por lo mismo nos toca, por estado y deber, cada uno en la porcion que le ha sido entregada, el trabajar bajo su sombra y direccion contra la invasion del error con la difusion de la Verdad evangélica, por medio de la predicacion y de la enseñanza; luchar contra el vicio enseñando la virtud, y defendiéndola, y dando primero de ella cumplido y luminoso ejemplo. Á nosotros nos toca decir la verdad al pequeño y al grande, á los individuos y á las Sociedades, al que escucha con avidez y al que no quiere oír, al que oye para reformarse, y al que nos amenaza por que afeamos con nuestras enseñanzas el vicio. Y lo que es mas, tenemos obligacion de formar el rebaño si no existe, de defenderlo con valor de las garras del lobo, de conducirlo sin perdonar á fatigas á los buenos pastos, de obligarlo en nombre y con la autoridad del supremo Pastor á seguir obediente á nuestra voz, y de buscar tam-

bien con cariñoso silbido á las ovejas descarriadas y devolverlas sobre los hombros al seguro aprisco. Es deber santo é indeclinable el tomar en nuestros brazos la niñez, defenderla de mentirosos amigos que le propinan veneno en hermosísimas copas, y nutrirla de verdad y de virtud para que crezca lozana. Y nos toca, que sublime misión! formarle una generacion hermosa, que resplandezca por sus hechos virtuosos, se parezen á Jesu-Cristo y sea digna del Cielo! y por lo mismo es nuestro deber hacer de esta tierra afeada por el vicio, infecunda por falta de trabajo, seca por el error un delicioso Paraiso, que le recuerde aquel en que su amor puso á los Padres del genero humano, que eso y no otra cosa es la Iglesia en la intencion de Dios al enviar á su Unigénito á rescatar y regenerar la Tierra.

Que nos decís, queridos colaboradores é hijos nuestros, ¿ Teníamos razon al temblar cuando se nos imponía en la frente la mitra que representa la autoridad Episcopal, la Cruz en el pecho que debe marcar el corzon, en la mano el báculo de Pastor, y el anillo para recuerdo continuo de la jurada fidelidad hasta la muerte, comprendiendo al ser consagrado Obispo la estension y gravedad de los deberes que delante del Cielo y en vuestra presencia jurabamos cumplir.

Al levantame del pié de ese altar en donde quedé unido para siempre á esta nuestra querida Diócesis, os vi á vosotros los presentes á ese acto que me representabais á los ausentes, y sentí aliviado y fortalecido el corazon.

Os ví como os conozco despues de estos años de trataros en mi ministerio sacerdotal, dóciles para todo lo bueno, ansiosos de enseñanzas y de ocasiones para hacer el bien, de índole elevada y de carácter recto; y se me pusieron delante juntos estos años de ministerio, en que no he recogido sino consuelo en todos mis pasos, bendiciendo mil veces en mi alma las bondades de Dios con vosotros y vuestra dócil correspondencia á su accion bienhechora. Tenia á un lado al venerado Pontífice que me acababa de ungir, cuya pérdida lloraremos siempre, y cuyo gobierno de cinco años, lleno de grandes hechos es época de espiritual renovacion

para la Iglesia del Istmo, y al otro animándome con el ejemplo de sus hechos, al Prebado que honra la Silla de Guayaquil por su zelo, su caridad y su notable saber. Estaban en los primeros bancos las hijas de San Vicente de Paul, y ví en sus brazos suavizado el dolor y acariciada la inocencia. Ví la reunion imponente de las autoridades Nacionales y las del Estado, de la Sociedad Católica, la del Sagrado Corazon de Jesus y la de Beneficencia é inmenso concurso de todas las clases, á quienes unia un sentimiento de admiracion por la imponente seriedad de los ritos que la Iglesia emplea para consagrar á sus Pastores, todo en nuestra hermosa Catedral, tantos años cerrada, y salida ese dia de sus ruinas, como una Reina ataviada de esplendorosa sencillez. Todo ese conjunto de recuerdos y de emociones me hablaba el corazon, y con voz muda pero elocuente, me predicaba que tuviese confianza.

¿ Y cómo no he de tenerla apoyándose como se apoya en poderosos motivos? Sé que la Iglesia de Jesucristo, puede ser atacada, combatida, calumniada; pero se del mismo modo y por boca de su divino Fundador, que jamas será ni vencida ni destruida. I aunque es verdad que estas promesas infalibles no estan hechas sino á la Iglesia Universal, y que bien pueden coexistir con ellas, aun la completa desaparicion de una iglesia particular, como los hechos lo atestiguan, tambien es cierto que Dios no niega la gracia á quien se la pide, que la correspondencia á ella atrae otras mayores, y que la Fé que es el fundamento del edificio espiritual, si existe en las almas, y se ilustra y fomenta, trae con mayor ó menor prontitud las buena sobras, y estas las bendiciones de Dios.

Volviendo ahora la vista á la naturaleza de nuestra indole propia para lo bueno; á la Fé profunda gravada en lo mas hondo de las almas por la piedad sincera de nuestros mayores; á la persistencia de esta misma Fé en las ideas, en los corazones y en las costumbres, apesar de la poca instruccion religiosa primero, y despues de rudos y contínuos ataques asestados contra ella por la impiedad; á la vuelta hácia Dios de tantos caracteres elevados; á la ansia que nuestra juventud tiene de Verdad y de Bien por conocer aquella y practicar éste; á los altos ejemplos de virtud jamas

manchada ni vencida que nos dieron los pasades y nos dan los presentes Pastores de esta nuestra patria; al denuedo con que los escritores católicos sostienen en diarios combates hace ya tantos años las doctrinas salvadoras de la Iglesia; parece que nos sonríe la esperanza de un porvenir mejor, y nos hace entrever con el auxilio de Dios que se siente, que hemos de poder los Obispos ayudados del clero y de los buenos, afianzar en la Fé á los débiles, fortalecer la virtud de los buenos, atraer á los extraviados con toda la eficacia posible, y educar en sanas ideas la juventud de nuestra Patria.

Ah! y como no hemos de esperar tambien de la ilustracion y el patriotismo de los que gobiernan la República y los Estados para bien del pueblo, que al fin han de llegar a persuadirse que mientras que marchemos fuera de los mandatos y consejos de la verdadera Religion, en vez de progresar, marchamos rápidamente a la barbarie? ¿Cómo no hemos de tener esperanzas de que han de persuadirse al fin despues de tantas y tan costosas esperiencias que las leyes humanas no tocan a los hombres sino en la superficie, y que bien pueden llenar sus archivos de leyes, ordenanzas y decretos sin que la Sociedad llegue á mejorarse, si no se cultiva en el ánimo de todos la idea de un Dios que premia las acciones buenas y castiga las malas? ¿Cómo no han de ver que los pueblos sin religion entendida y practicada son enteramente ingobernables, por que ella solo es la que llega al corazon para calmar las pasiones, dar tranquilidad en las desigualdades, respeto por la autoridad, union entre los individuos, y esa paz que reclama á gritos la agricultura, el comercio, todos los hombres de bien? ¿Y nó llegarán á persuadirse tambien de que la Iglesia Santa de Jesu-Cristo es madre y tutora de la sociedad y de todos los derechos, no es hostil á ninguna forma de gobierno justa, se hermana perfectamente con todos los adelantos útiles, no ataca ni persigue sino el error y el vicio, y para con los extraviados no tiene sino entrañas de amor? Enhorabuena que los gobiernos protestantes y cismáticos miren a la Iglesia Católica como un antagonista temible, por que la verdad es de sí misma conquistadora de las almas; pero que quieran imitar esta conducta los que presiden á los destinos

de pueblos católicos, es atrocidad que ni podría imaginarse. Por lo mismo, y por todo lo expuesto, y por la asistencia de Dios, hay que esperar que nuestra Pátria, destinada por la Providencia divina para ir á la vanguardia de las Repúblicas de Sud-América, despues de tantas utopías ensayadas en vano para dar paz y confianza, despues de tanta sangre vertida sin provecho, despues de tanto combate estéril para el bien común, éntre de lleno en el sendero de las naciones grandes, y ponga por primer elemento de su grandeza la práctica de la Religión que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo, como fundamento de toda sociedad bien constituida.

Pero en realidad, si estos son deseos patrióticos y justos, y aspiraciones que en un Obispo cualquiera encontrará fundadas, no pasan del carácter de tales, y sólo la sabiduría infinita puede leer con claridad nuestra futura suerte.

Si esta fuere adversa á los intereses sagrados de la Religión de Jesucristo, animados por el ejemplo del Supremo Pastor y por el de tantos Obispos, nuestros ilustres contemporáneos, esperamos poder tener el alma mas alta que las persecuciones, que de algo nos ha de servir la escuela de adversidad en que nos hemos nutrido, y poder defender á costa de cualesquiera sacrificios nuestra herencia sagrada y vuestros eternos intereses.

Mas como decíamos ántes, nos nutre la esperanza de que en próspera ó en adversa suerte, en el mundo y aquí, los intereses católicos han de prosperar sólidamente. Si todos los elementos llamados á contribuir á la obra salvadora de Jesucristo confiada á su Iglesia, concurren á prestar su decidido apoyo, veremos crecer el bien y tomar rápida y esplendorosa extension. Si la fuerza contraria al elemento civilizador de la Iglesia, viene á comprimir su fuerza de expansion, crecerá ésta en profundidad y en solidez, que esto es lo propio de los séres dotados de verdadera vitalidad. En el primer caso seremos muchos; en el segundo menores en número, pero esos que no hayan desertado de la bandera del Redentor, tendrán la solidez y la fuerza.

la Fé y la Caridad, de nuestros hermanos los primogénitos del Cristianismo.

Dios está con nosotros, y la Iglesia es su Esposa. A la obra pues todos los que la amamos. En este combate glorioso de la conquista del Reino de Dios, cada soldado debe hacerse digno de tan sagrada milicia. Para esto las armas del vencimiento debemos volverlas primero contra nuestras propias pasiones. Allá dentro del corazón hemos de ir á destruir los enemigos de Dios. Llevemos allá su divina luz para ver los monstruos de nuestros pecados, y vencerlos, y extirpar de ellos hasta la raíz. Reguemos con lágrimas ardientes ese campo en que han caído nuestra inocencia y virtud, en donde hay cadáveres en putrefacción, y el arrepentimiento los resucitará, y la sangre de Jesucristo empapando las palabras de perdón, pronunciadas por quien tiene su autoridad, volverá la hermosura y la fuerza á esa ciudad vencida. Y una vez recobrada la inocencia perdida, volemos al campo de Luz, de Verdad y de Amor, donde nos espera y llama nuestro divino capitán Jesús, rodeado de la inocencia conservada toda la vida y de la recuperada con su divino poder; y al ver tanta calma y tanta fuerza, tanto valor y tanto sufrimiento en los que han de ser nuestros compañeros, volemos á la conquista del Cielo. Sí! Del Cielo que es nuestra Pátria, el lugar de descanso despues de las fatigas, la corona inmortal de los que imitaron á Jesucristo.

Que cada uno de nosotros trabaje infatigable por venir á ser cópia fiel de aquel ejemplar divino, como nos exhorta San Pablo, *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* (*) y vereis salir de esa reforma individual, hijos verdaderos de Dios, los cuales, como los árboles producen sus frutos, vendrán á formar familias unidas y arregladas, hogares verdaderos endonde presida la paz y endonde se encuentre vivo cada dia el necesario amor segun Dios que hace soportable la vida con sus mudanzas y sus trabajos, con sus ansiedades y sus dolores. Así veremos con orgullo santo padres laboriosos, madres abnegadas y tiernas, hijos sumisos y amantes. Así será humano el que mande,

* 1 Cor. I. 16.

sumiso el que debe obedecer, generoso el rico, el pobre paciente, el trabajador honrado, la mujer respetada y respetable. Así saldrá como por encanto, como del sol emana la claridad, de ese conjunto de familias cristianas, una sociedad morigerada, grande y robusta, como queremos que sea la nuestra. Ella tiene que medirse por los grandes caractéres que encierre, estos por el corazon, éste por su moralidad, de la cual es madre la Religion.

Conveniencia y deber nos mandan el poner todos los medios para realizar este hermosísimo ideal, en nuestro carácter de hijos de la Iglesia, cuyas leyes hemos jurado seguir, y de cuyo cumplimiento ó violacion hemos de dar estrecha cuenta á Dios Nuestro Señor, delante de quien no valen por cierto, las excusas frívolas con que nos pretendemos excusar de obedecerle.

Pero para ser nosotros los habitantes de este Istmo fieles observadores de sus leyes santas, tenemos además motivos tan justos como patrióticos. Este es el puente del Universo. Cruzan por él todos los días, y se detienen en nuestra ciudad capital, hombres de todos los países, que tienen que juzgar á toda la República por lo que aquí ven. Y si toca por deber y patriotismo á los que se ocupan de los asuntos temporales, el dar á esta ciudad el esplendor que demanda la moderna civilizacion, á Nos nos toca por idénticos y mas altos motivos el trabajar por el buen estado de la Religion en nuestra Patria. Deseamos por lo mismo ardientemente que os hallen respetuosos en el templo como están acostumbrados á ver en todas partes á los católicos, y zelosos por el esplendor del culto que hace palpable nuestra Fé, sóbrios y moderados en vuestra conducta, fieles en vuestros compromisos, y laboriosos, pacíficos y caritativos. Así al regresar á sus propios países, llevarán los transeuntes un recuerdo de cariño; y las Repúblicas del Norte y del Sur, los habitantes del Oriente y del Occidente que aquí se cruzan y con vosotros tratan, contarán que si hallaron en nuestra ciudad ruinas y materiales decadencias de que no teneis culpa, encontraron en vosotros una generacion de

hombres honrados, superiores á la adversidad y dignos de sus ruegos y de su sincera estimacion.

Sabemos y muy bien, que en el interior de las familias se ha conservado tradicionalmente un modo de ser que honra en gran manera á los fundadores de esta culta sociedad; conocemos la elevada sencillez y la union entre sus miembros que las hace recomendables; palpables pruebas hemos visto cada dia de la perseverante generosidad que acoge aquí á cualquiera obra de caridad ó del público bien; vemos que el culto se sostiene de la piedad de las familias reunida con el óbolo de los pobres; y nos es satisfactorio el decirlo, vuestra índole se presta para todo lo bueno y grande.

Ahí está pues esa base sólida, sobre la cual es necesario construir el edificio de la regeneracion social. Y decimos regeneracion social, porque el conjunto de las costumbres, vosotros no os lo negareis, nos deja mucho que desear. Y si no, comparad lo que somos, con ese tipo ideal de los pueblos regenerados por Jesucristo, que mas arriba os proponiamos. Es necesario que á la impiedad suceda la Fé; á la indiferencia, el zelo por la verdad conocida; al temor del infundado murmurar de los necios, el valor para practicar nuestra Religion; á la versatilidad en la conducta, la estable inmovilidad en manejarse bien del hombre de hondas convicciones; al deseo de enriquecerse immoderado y sin mirar en medios, el mas profundo sentimiento de la justicia y la mas leal veneracion por los derechos ajenos; á la ambicion y al orgullo, la moderacion y la humildad; á los resentimientos y odios, la caridad sincera que perdona y ama; á la licencia de costumbres que envilece y corroe los individuos y es la muerte de la familia, la castidad cristiana. Sí! La castidad cristiana, fuerza y elevacion de los espíritus, bálsamo que preserva los cuerpos de la eterna muerte poniéndoles el germen de la celestial Resurreccion!

Pero para que esta obra de civilizadora regeneracion no sea un ideal no mas, sino una realidad en el porvenir, venid, venerables sacerdotes de esta Diócesis, venid á prestarnos vuestro indispensable y poderoso auxilio

Como es el sacerdote, así es el pueblo. (1) Si resplandece clara en vosotros la virtud sacerdotal, (2) si vivis como Ministros de Cristo, (3) si cuidais de vuestras ovejas no como mercenarios sino como Pastores, (4) y si las apacentais, (5) y brillais por la pureza de la castidad, si vuestros lábios guardan la ciencia, (6) y enseñais las verdades del Evangelio (7) con sencillez y con perseverancia, (8) si obras conformes á ellas preceden, acompañan y siguen á vuestras enseñanzas para ser así grandes en el Reino de los Cielos, (10) si sois en una palabra hombres de Dios, (11) en medio de los pueblos que os están confiados, sirviéndoles de Padres, de Maestros, de ejemplares completos de virtud cristiana; y además mirais á la Iglesia como á Madre, y os manteneis unidos con ella, por medio de la obediencia y cariño que nos profesais, y entre vosotros y con Nos para trabajar todos por la causa de Dios y el bien de las almas ah! entónces sentiremos centuplicadas nuestras fuerzas, y nuestras aspiraciones y deseos no solamente llenos, sino sobrepujados. ¡Qué gloria tan grande y tan pura para vosotros y para Nos, si al terminar nuestra mortal carrera, la hemos recorrido haciendo el bien que exige nuestra posicion respectiva, y cumpliendo con todos nuestros delicados deberes, para dejar una generacion regenerada por nuestro ministerio, que sin duda bendecirá nuestra memoria! Dichosos nosotros si le dejamos formada á Dios, que para ello instituyó el ministerio sacerdotal, una generacion casta, que tan hermosa es á sus ojos, porque resplandece con la claridad (12) de las buenas obras! La alabanza de Dios y su fecunda bendicion, el testimonio de vuestra conciencia satisfecha, la paz en la hora terrible de la muerte, las bendiciones tambien de los pueblos que gobernais por el sendero del Bien, y el Cielo, el Cielo eterno mas allá de la se-

(1) Ls. 24. 2. Os. 4. 9.

(2) Ex. 19. 22.

(3) 1. Cor. 4. 1.

(4) Joann. 10. 12.

(5) 1. Petri. 5. 2.

(6) Mat. 2. 7.

(7) Mat. 2. 20.

(8) 1. Tim. 4. 12.

(9) 2. Tim. 4. 2.

(10) Math. 5. 19.

(11) Ls. Reg. 1. 10.

(12) Sap. 4. 1.

riedad del sepulcro, ¿no son recompensa bastante para premiar vuestras fatigas? Sabemos que éstas serán grandes, que habrá que luchar con las pasiones ajenas, y también con las nuestras, y que vivir una vida mortificada con Jesucristo.(1) Pero hizo por esas almas y por las nuestras algo ménos el Hijo de Dios hecho hombre y muerto en la Cruz por nuestro rescate y nuestro amor?

Pronto nos daremos el consuelo de conoceros á todos y de estrecharos en nuestros brazos como á nuestros queridos cooperadores en la predicacion del Evangélio, y esperamos que nos llenareis de júbilo, al prometernos que vivireis unidos con Nos de corazon, como hemos jurado hacerlo con vosotros, y que respetareis y hareis respetar todo lo que para el buen gobierno de la Diócesis, el vigor de la disciplina y observacion de los sagrados cánones deberemos disponer y ordenar.

Al concluir ¿será necesario que os digamos, á todos vosotros nuestros amados diocesanos, que os llevamos escritos en el alma, y que gustoso queremos emplear, en cuanto dieren nuestras fuerzas, la vida entera en procurar vuestro bien? Quiera el dador de todo dón perfecto dar á nuestra alma la perseverante voluntad y la incontrastable energía que necesita para obrar bien un Obispo!

Y necesitamos tanto más estos poderosos y continuos auxilios cuanto que al ser consagrado y destinado á vuestro servicio hemos perdido con los fraternales consuelos que suavizaban nuestra vida, las luces que eran nuestra guía en el ministerio sacerdotal, el empuje que imprimen los ejemplos de noble y constante virtud, y sobre todo la direccion que necesitamos venida de otros de mayor saber y de mas larga experiencia. Todos estos bienes los teniamos en el seno de la ilustre Compañía de Jesus, de la cual desde nuestros tiernos años hemos recibido con larga generosidad la educacion sacerdotal, en cuyo seno hemos hallado todo lo que nuestro débil corazon necesitaba para formarse, y también para trabajar con acierto; y nos honramos en aclamarla delante de vosotros y de sus amigos sinceros y sus gratuitos enemigos (muchos sin

(1) 2. Cor. 4. 10

duda porque no la conocen), como una corporacion providencial en los tres últimos siglos, compuesta de hombres todos virtuosos, muchos de entre ellos sábios, y no pocos de elevadísima virtud cristiana y religiosa. ¿Cómo no la hemos de amar, si debemos á ella todo cuanto desde hoy podemos emplear en vuestro bien? ¿Cómo no hemos de venerarla toda nuestra vida, si su instituto ha sido aprobado repetidas veces por el magisterio de la Iglesia, si sus miembros son hombres que trabajan sériamente por imitar á Jesucristo, cuya gloria buscan sin pensar en la propia, á quienes tratándose de la gloria de Dios y de su Iglesia no arredra ni el dolor, ni la afrenta, ni la misma muerte? Ah! y estamos seguros que sus oraciones santas, fruto y recuerdo de nuestra cordial y estrechísima union, nos han de venir en auxilio para alcanzarnos de Dios luces y fuerzas para vivir y trabajar de tal modo, que vosotros mis amados diocesanos tengais ocasion de bendecir la escuela de varonil virtud que nos formó desde niño.

Y al firmar esta Carta-Pastoral, hoy Sábado de Gloria, os deseamos la Paz de Nuestro Señor Jesucristo; esa paz hija de la victoria, y ganada con sus sufrimientos y con su muerte; no la paz mauelle de quien no quiere combatir y quiere seguir por el plano inclinado de las pasiones, sino la paz que nos enseña en el sermón de la montaña, y que puso en el número de las Bienaventuranzas. Antes de la Pasion exhortó á los Apóstoles á la oracion y al combate, como él mismo lo hacia apesar de ser Dios. Vencido el Demonio por la Cruz, y reconciliado el mundo con su Eterno Padre, en la noche de mañana, sonriendo de celestial placer, y llenando de júbilo las almas de los Apóstoles pronunció con sus divinos lábios estas palabras repetidas hoy en todos los ángulos del mundo: "*Pax vobis*," la paz que prometieron los ángeles á todos los hombres de buena voluntad. Esa es la paz que os anunciamos, y por la cual todos los hombres de voluntad buena y cristiana han de trabajar con Nos, para obtenerla; y por esto *Pax vobis* es el lema que hemos tomado para nuestras armas de Obispo, á fin de que nos recuerden á vosotros y á Nos, que si queremos tener paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, hemos de vencer en el alma á todos los enemigos de Dios.

Divino Corazon de Jesus! en vuestro nombre y bajo vuestro amparo, emprendemos el difícil camino que nos ha trazado vuestro infalible Vicario. Vuestras divinas influencias en las almas serán nuestro consuelo, vuestro amor por ellas nuestra esperanza, y vuestro poder nuestro sosten.

Dada en nuestro Palacio Episcopal, el sábado de la Semana Mayor, firmada por Nos, y refrendada por nuestro Secretario, á 15 Abril de 1876.

✠ JOSE TELESFORO,

Obispo.

Por mandato de su Señoría Ilustrísima,

JOSÉ ANTONIO FIGUÉRAS, *Secretario.*

